

LA EVOLUCIÓN

BIEN POTENCIA PROVINCIAL
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Semanario defensor de los intereses Regionales

AÑO I

DIRECTOR: LUIS GARCÍA ABADÍA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Vélez-Rubio 25 de julio de 1915

REDACCIÓN: CALLE DE SOTO, 6

SUSCRIPCIÓN: UN MES 0'50 PTAS.

NÚM. 2

AL PUEBLO

Favorecidos por la opinión que tan bondadosamente ha enaltecido nuestro primer esfuerzo, y agradeciendo la buena acogida con que se nos recibe, animados doblemente a continuar nuestra embrionaria empresa, que si bien ha de estar llena de rudezas, nunca han de ser bastantes para declinar nuestro ánimo.

El dicho desinterés que nos mueve a realizarla, vuestra constante ayuda, y el bien común como mira y fundamento, serán nuestro mayor y principal baluarte, tras el cual y a manera de trincheras, como potente ejército harán la evolución nuestros soldados.

Se hace preciso (si es que pretendemos llegar al fin) que todos coadyuvemos con cuantos medios nos estén al alcance, para que esta obra de regeneración inicial, para que a estas nuevas energías que tan noblemente se impulsan a la lucha del progreso, no caigan en sepulcro de indolentes que las sepulten, o acaso en mal extremo de infundado tedio, por venganzas sin causa o por envidias, abrieran el panteón para enterrarlas.

No hay que pensar así; ya bien sabemos y mejor vosotros como más expertos, que toda obra que empieza a levantarse, que toda iniciativa que tenga un fundamento, ha de menester de sólidos cimientos, sobre los cuales descansen sus pilastras, den fuerte apoyo a los muros que la cerquen, para que una vez construida y habitada, sea firme garantía de quien la moran.

Todo en la vida ha de ser perecedero; ya nos lo indican las sabias leyes de la Naturaleza,

Por esto más que nada, porque el paso hacia adelante es la lógica y racional consecuencia del desenvolvimiento humano, porque ya la inteligencia se revela a vivir en las odiosas y perjudiciales cárceles de las tinieblas, y porque la inactividad mortífera ya empieza a repugnar al sentimiento, es por lo que ahora, plétorica de vida y valentía, llena de aspiraciones y desvelos, se alza esta juventud como heraldo del progreso, para que unidos todos, consigamos hacer resucitar a nuestros pueblos.

No desmayéis en prestarnos vuestra ayuda, haceros eco de nuestra iniciativa ventajosa, por que ella ha de tender a restablecer el orden, y a que a cada cual le respeten sus derechos.

Y ahora nada más; sólo daros las gracias por el favor que nos habéis dispensado al recibirnos, y advertiros, que al seguir cooperando a nuestro intento, pronto, muy pronto, la triste cara del presente desarrugará su ceño con orgullo.

OPROBIO

Una de estas tardes bochornosas de estío, paseaba por la alameda de la carretera, sin otro fin, que el encontrar un hálito de frescor, que espantara la natural modorra producida por un intenso calor que aplataba los nervios. En un ribazo lateral de suave pendiente, ricamente tapizado por la naturaleza veraz, como en blanda cama dormían dulcemente, tal vez soñando abundancias de lo que carecían, dos infelices jóvenes de ocho a doce años harapientos y sucios. Un ennegrecido capacho les servía de almohada, en donde habían de recoger las inmunidades de los lugares públicos.

Aquel triste cuadro trajo a mí mente una idea de conmiseración para esa clase de individuos, que nadie los guía, porque sus padres si los tienen, obligados por la necesidad la mayor parte de las veces, desde bien

jóvenes comienzan a explotarlos, ignorantes del daño que les ocasionan al dejarlos educarse en el arroyo, sin más freno que detenga sus ciegos instintos que el temor al castigo, que cualquiera, irritado del daño les puede propinar.

¡Triste condición la de este tipo desprendido de la sociedad!

Cuando niño, encuéntrase pálido, harapiento y tan sucio, como si la mano caprichosa de la naturaleza hubiese formado del tejido epitético un archivo de inmudicias; es hosco hasta en el decir; y criado en el humus fangoso del arroyo, no teme a nada; ni siquiera si se preocupa de su alimento que hoy como tantos días le ha de ser negado por la sociedad que constantemente lo maltrata, lo denigra, lo envilece, empujándole sin descanso hacia el abismo de la maldad, del odio y del vicio.

Ya hombre, va a la taberna y en el fondo de un vaso de vino, busca la anestesia del hambre, ahuyentando también sus pensamientos de infelicidad que en su cerebro aletean como negros y obstinados abejorros. Lleva en su seno fecundado el odio y el aborrecimiento que la sociedad puso en él cuando tantas veces necesitado de auxilio y favor humanitario, no solo no le fué dado, sino que a más se rehuía su presencia como a cosa repugnante y molesta. Y esa aversión que nosotros despertamos en él, no tarda en trocarse en venganza fatal, convirtiéndolos en carne de celda por sus horripilantes crímenes ejecutados con verdadera saña. ¡Fin tristemente seguro del triple maridaje del analfabetismo con la taberna y el vicio!

Y luego, esa misma sociedad que así los formó, cuando esos parias coronan con sangre su vida de hampones, viene a terminar su obra, ultrajando y poniendo de relieve la inmoralidad e incultura del individuo ridiculizando con saña su modo de proceder...

¿De estos actos cometidos por la incultura, por el odio, por el vicio; de esas ideas que germinan gota a gota en esos hombres del crimen, del robo, de la taberna, de todo lo malo, son ellos acaso los culpables? No, y mil veces no.

Únicamente tú, oh sociedad, eres la que haces de estos desgraciados el brazo destructor que ejecuta tus crímenes al no darles lo que por ley

natural les corresponde; tú, que si te preocupas de castigar al malhechor, no evitas en cambio formarlo en tu seno, pues que dejas abandonados a esos seres, sin proporcionarles cuando pequeños el alimento del cuerpo y del espíritu, tan necesario éste, para que con sus brazos y sus cerebros contribuyan a fortificar con verdadera energía el ya comenzado castillo del progreso.

JACOBO G. ALCARAZ

Sobre los automóviles

Desde hace algún tiempo, viénesse hablando de la especie más o menos fundamentada, sobre la implantación de un servicio de automóviles que ha de hacer el recorrido desde la vecina ciudad de Lorca a ésta.

Desconfiado y pesimista desde el primer momento, el tiempo y los hechos han venido a confirmar la falta de fe una vez más, en todo intento de nuestro país de lo que constituya un medio de moderna y rápida comunicación con el mundo. Parece ser, que la fatalidad nos tiene castigados al aislamiento en que estamos sumidos, y que se complace en ponernos de cerca el objeto de nuestros deseos, pero sin llegar nunca a verlos cristalizados. Pues hoy con los automóviles, como otras muchas veces con el ferrocarril, no ha pasado de ser dicho y comentario.

No quiere esto decir, que esa desconfianza lleve envuelta también la falta de creencia que hemos de conseguir un algo y no muy lejano. Porque era motivada por muchas circunstancias que después se han venido a comprobar.

Mi condición de periodista y amante de mi patria chica, me impide el ocultaros la verdad de esto, aunque con ello caiga vuestro castillo de esperanza; que después de todo, no os hará